

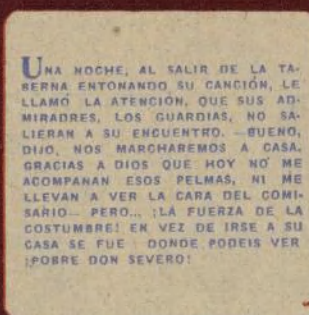
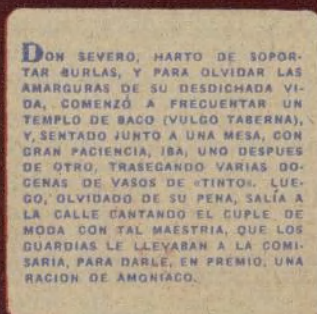
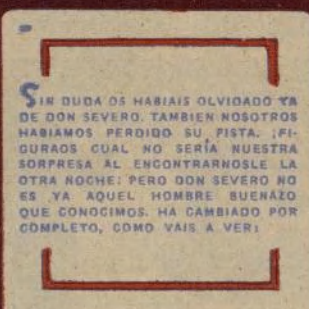


Jeromin

AÑO II

Calderón de la Barca, núm. 4.—Teléfono 18491.—MADRID

NUM. 52





HEROÍSMO DE LA CARIDAD



Y había ya pasado el toque de la oración, cuando en la plaza mayor de un pueblo de la montaña, se oyeron gemidos y gritos de socorro. La puerta de la casa rectoral, que comunicaba con la plaza, se abrió, y un sacerdote de unos treinta años, asomándose, se puso a escuchar, y después, seguido de una mujer con una luz en la mano, se dirigió al punto donde se oían los lamentos. Yacía en el suelo un hombre teñido en sangre que chorreaba de las heridas. Todavía se veía a su lado la navaja con que acababan de abrirlas. El sacerdote lo recogió, y como pudo lo introdujo en su casa. Una vez allí dentro, le curó las heridas, hizo que volviera en sí y le dejó en su cama abrigado, después de haber hecho desaparecer la navaja, instrumento del delito. Después fué

el médico y le hizo la cura, volviéndose luego para su pueblo, distante legua y media de la casa rectoral. A las dos de madrugada el enfermo mandó llamar al cura, porque, según él dijo, se encontraba muy mal y quería hacer confesión de todos sus pecados. El sacerdote se sentó junto a su lecho, y el penitente dijo: —Yo, aquí donde me veis, soy un perdido. Si os hubiese de referir todos los crímenes que he cometido desde que estoy en el mundo, no concluiría. Pero os referiré el mayor de todos, porque si de él merezco absolución, bien cierto estoy que también la obtendré de los demás. —Hablad—le dijo el sacerdote. —De lo que voy a contaros, hace ya veintitrés años. Era de noche; yo vivía en un pueblecito de un valle; un día me dijo un hombre si quería

ganar cincuenta onzas de oro; le respondí que sí. —Júrame no dar a nadie absolutamente cuenta de lo que voy a decirte—añadió el desconocido. —Sí, juro. —Ahora bien; ¿sabes la hacienda del Arroyo? —Sí. —¿Es muy rica? —Y tanto! —Pues tú, para ganar la cantidad ofrecida, debes entrar allí y asesinar a toda la familia, sin que quede uno sólo. Esto me hizo estremecer. —Cincuenta onzas es poco—le respondí. —Serán ciento. —No es bastante. —Doscientas. —Acepto. Y entré en la casa. Todos dormían. La familia se componía de un viejo, marido y mujer y tres criaturas, dos niños y una niña. Al viejo le di tres puñaladas en el pecho; al hombre le degollé; a la mujer la quemé, colgándola antes de un gancho de la cocina. —¿Y a los pobres an-



gelitos de Dios?—preguntó el sacerdote, a quien esta relación debió afectar muchísimo, pues estaba pálido como la cera. —A los niños—continuó el penitente—, al uno le corté la cabeza, al otro le abrí por en medio, y al más pequeño, que tenía siete años, como se arrojó de una ventana al patio y echó a correr hacia el pueblo, no pude hacer más que tirarle una gruesa cuchilla que tenía en la mano, y le abrí la cabeza, cayendo, al parecer, muerto al pie de un árbol. Cuando llegué allí para rematarlo, ya había desaparecido; nunca he sabido quién podía ser. Dos días después de esto, volvió el hombre a mi casa y me dió las doscientas onzas. La justicia nunca supo quién era el asesino. El hombre que me había comprado entró en posesión del mayorazgo, y

tengo entendido no murió hasta hace dos años, dejando su fortuna para los pobres. Ahora sabéis el pecado; ¿merece absolución? El sacerdote estaba sudando de angustia mientras duró la relación de tan horrendo crimen. —Todo tiene perdón en este mundo si hay arrepentimiento. ¿Os habéis arrepentido? —Sí. Mas, ¡ay!, si queréis que os diga la verdad, lo que jamás ha podido quitarse del pensamiento es el pobre niño a quien partí la cabeza. Todo, todo lo he podido olvidar, pero lo del niño jamás podré borrarlo de la imaginación. Me parece que si él me perdonase, me iría más consolado al otro mundo; ahora, sin su perdón, bien cierto estoy que no merezco misericordia. Y alguna que otra lágrima asomaba a los ojos del criminal penitente. —Todo

tiene perdón—repetía el sacerdote—. Y decídmelo; ¿por qué hoy habéis también pisado la senda del crimen? —Hoy, si me habéis encontrado herido ha sido para defenderme. Desde que cometí aquel crimen he tenido un enemigo más cruel que mi propia conciencia; un compañero con quien compartía el fruto de mi rapiña. A los tres años sospeché algo del hecho, y juré vengarse de mí por no haberle dado una parte de mi ganancia. Y por todos lados me ha perseguido, hasta hoy, que cree me ha dejado muerto, según él deseaba. Y reposó algunos instantes. El sacerdote se limpiaba la frente; sus ojos parecían animados de una pasión de ánimo; sus manos apretaban un pañuelo blanco, el cual, de cuando en cuando, secaba alguna lágrima que quería aso-



mar a sus ojos. —¿Me absolveréis? —Es cosa de pensarlo—respondió el sacerdote. —¿Y si me muero?—preguntó el herido. —Ya lo habré pensado yo cuando llegue ese triste caso, si es que Dios tiene dispuesto que este caso haya de llegar. Pasaron tres días. El herido adelantaba rápidamente en su curación. Pasaron otros seis, y el herido ya estaba casi bueno. Medicinas, médicos, todos los gastos habían corrido de cuenta del sacerdote. Una vez curado, quiso abandonar aquella casa de bendición. El sacerdote le dijo: —Sois pobre, ¿no es ver-

dad? —Sí—respondió el que se iba. —Pues ahora lo seréis menos—respondió el sacerdote, poniéndole en la mano un puñado de monedas—. Pedíais absolución el otro día, ¿no es así? —La pedía, es cierto. —¿La queríais ahora? —De todo corazón. —Arrodillaos, pues. Aquel a quien este mandamiento se imponía se arrodilló y confesó todos sus crímenes. Entonces el sacerdote, con la frente como iluminada por la gloria, con voz conmovida, con acento humilde y rico de ternura, le habló de esta manera: —Yo, por el querer de Dios, os absuelvo de

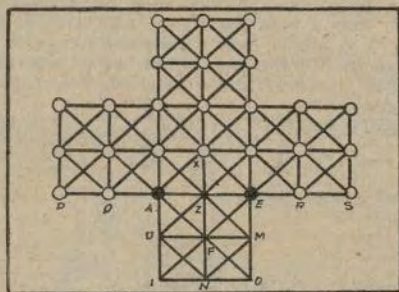
toda culpa. El otro lloraba. —Y yo—añadió el sacerdote—olvido todo el mal que me habéis hecho, de todo corazón, de todo mi corazón. Porque aquel niño de siete años, a cuyos padres, abuelo y hermanos quitásteis la vida, aquel niño cuyo perdón tanto deseábais, aquel infeliz a quien abristeis la cabeza con la cuchilla..., soy yo. Y enseñó al otro, que, pálido y frío a sus pies, ni a respirar se atrevía, una cicatriz bien honda que le dividía la frente en dos mitades.

Amiguitos de Jeromín, no olvidéis lo que acabáis de leer y sabed siempre perdonar.



LA CARIDAD Y EL PERDON, CONVIERTEN A LOS PECADORES

Cierto día, la vizcondesa de Jorbalán, fundadora de las Adoratrices, subió a un coche de punto, cuyo conductor estaba borracho. A punto de volcar, viendo que la gente se congregaba haciendo comentarios, la señora se apeó del coche y tomó otro, cosa que provocó la indignación del cochero borracho, el cual la insultó groseramente. Pasado algún tiempo, supo la vizcondesa que un pobre hombre, abandonado por la mujer con quien vivía y por la vecindad, se moría sin auxilio alguno, ni temporales ni espirituales. Allí fué la caritativa señora, y se encontró con el cochero que la insultó, redoblando con él, por tal motivo, su caridad. Admirado y confundido el cochero, le pidió perdón, y por ella preparado, se confesó, cosa que jamás había hecho. La vizcondesa le rodeó, a su costa, de toda clase de cuidados. El cochero recobró la salud, se casó legítimamente y fué desde entonces hombre de bien. ¡Un acto de caridad había ganado un hombre para la sociedad y un alma para Dios!



JUEGOS DE NIÑOS

JUEGO DEL ASALTO

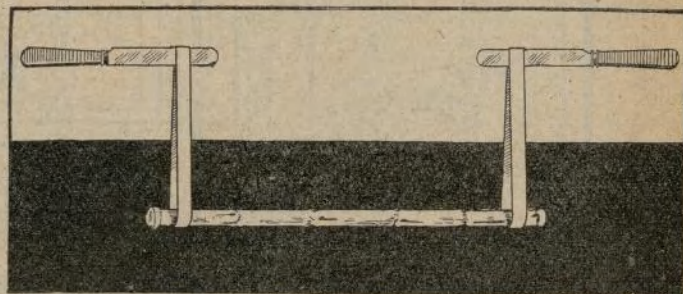
Para este juego se necesita un tablero como el que representa la figura o dibujo, 24 peones blancos y dos peones negros, todos los cuales se colocan en la disposición que señala el dibujo.

Los jugadores serán dos: uno, el que tenga los peones blancos, y otro, el que juegue con los negros. Los primeros, llamados simplemente peones, atacan a los segundos, designados con el nombre de caballeros.

El objetivo del juego es para los peones encerrar en la torre AEIO a uno o a los dos caballeros o bien ocupar los nueve puestos de la torre dejando a los caballeros fuera de ella. Los caballeros deben evitar, en lo posible, cualquiera de los dos resultados.

Los peones se mueven siempre adelante por las líneas inclinadas y por las verticales, esto es, por las diagonales; lo cual quiere decir que no pueden avanzar por las líneas horizontales, excepto las P, Q, R, S, ni retroceder.

(Continuará.)



RECREOS CIENTIFICOS

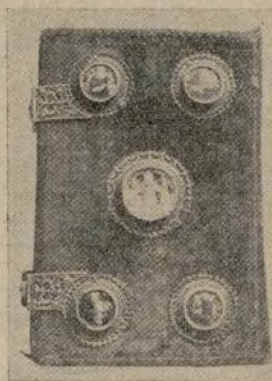
Otro experimento con la caña.

El explicado en el número anterior es, sin duda, sorprendente; pero aun es más sorprendente romper la caña estando ésta suspendida sobre dos aros de papel pendientes del filo de dos cuchillos.

Puesta la caña en tal situación, como podéis apreciar por el grabado, nadie, ni vosotros mismos, hasta que por la experiencia os convenzáis de ello, creará que puede romperse la caña con un golpe sin que se rompan ni corten los aros de papel en que está apoyada. ¡Imposible!, dirán todos a quienes digáis que tal cosa puede hacerse. ¿Imposible?, podéis vosotros preguntar. Ahora vais a verlo. Y con un pesado bastón, con decisión y fuerza, como haríais si pretendiéseis romper el bastón sobre una roca, dais un golpe en el centro de la caña, que quedará rota, sin que los aros de papel sufran daño.

La más pequeña vacilación al dar el golpe os hará fracasar. Conviene que ensayéis antes.

ESPAÑA MONUMENTAL



Monasterio de Guadalupe.

Hoy terminamos con este grandioso y famosísimo monumento extremeño, no porque hayamos agotado todas sus bellezas artísticas, sino porque nos esperan otros y otros... España es inagotable en su tesoro artístico; ninguna otra nación del mundo puede competir con ella.

La primera y segunda fotografía que damos hoy, reproducen dos de los cuadros de Zurbarán que adornan la grandiosa y bellísima sacristía del famoso monasterio. Son cuadros de primer orden, de los mejo-

res que pintó Zurbarán, que, como saben, es una de las glorias del arte español, la primera bajo algunos aspectos.

Fué, sin duda, el primer pintor, netamente español. Sin ver los cuadros de Guadalupe, no se puede formar idea cabal del mérito del gran pintor extremeño. La tercera fotografía reproduce un detalle de una de las páginas ilustradas de los libros de coro del gran monasterio. En libros de este género, no hay colección como la de Guadalupe. Posee de tales libros ochenta y tantos; algunos, como el «kirial», con ilus-

traciones en todas sus páginas. La mayoría son del siglo xv, la época áurea de la miniatura. Las encuadernaciones de tales libros son notabilísimas, casi todas de estilo mudéjar. El tamaño de los libros es enorme; cada hoja es una piel de ternera; para transportarlos tiene ruedas en uno de sus «cantos».

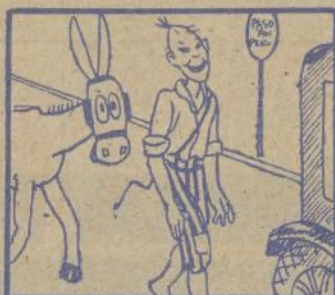
Las otras dos fotografías reproducen: la primera, una encuadernación artística, y la segunda, una preciosa cruz gótica de plata, con piedras preciosas y esmaltes muy notables.



Cascarilla



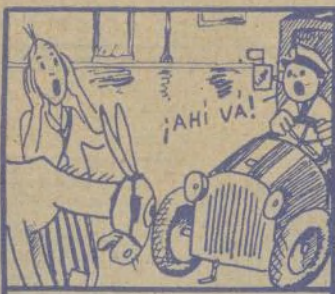
Sigue en Madrid Cascarilla y también su borriquilla.



Y por el centro se va de la calle de Alcalá.



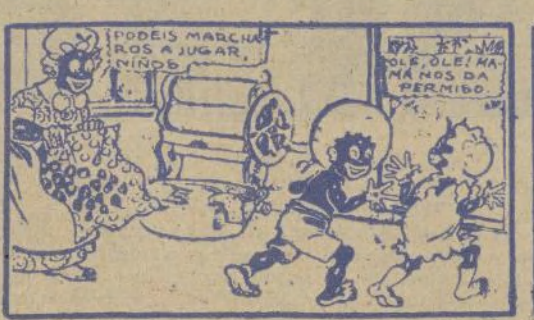
Los «autos» para pasar, empiezan fuerte a avisar.



La burra no se apartó y con un «auto» chocó.



Se hizo el «auto» una tortilla y nada la borriquilla.



Maravillosa Historia de Jeromin



«Jeromin» estaba cada vez más admirado. —¿Cómo el muñeco terminó su relato, dijo el hombre es posible—preguntó—que me conozcáis si yo soy misterioso. —Muy bien! Eres tal cual yo te soy ruso y hace pocos días que llegué a España! Imagínate. Sígueme y sabrás el por qué te conozco. —Ya lo sabrás. Ahora cuéntame cómo has llegado a España, en pos del viejo, entró en la cueva y que aquí en la forma que lo has hecho. «Jeromin», en un momento de lo que en ella vió: Amontonadas, toncas, explicó todo lo ocurrido, sin omitir detalles el suelo, había perlas y piedras preciosas de todas clases.



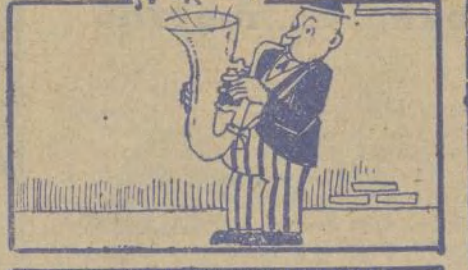
En unos estantes de roble había redomas de mil tamaños, crisoles, alambiques, aparatos de formados. Fue pasando uno después de otro los pliegos extraños y unos libros, encuadrados en pergamino, hasta que llegó al último. Al ver lo que en éste había, y sacó unos pliegos de papel. —Mira—dijo—, efectivamente—dijo el viejo—, éste es tu retrato; mejor dicho, es tu plano.



—¿Cómo le tenéis? Conocéis al sabio que me hizo? —Sí, le conocía; era discípulo mío. Cuando dieron el encargo de que le hiciese, me escribió diciéndome consejo y le mandé copia de estos planos. Supe que los había recibido y que estaba entregado a su confección, pero no me comunicó el resultado.



Repollo



Repollo tiene afición, como si fuese un muchacho, al deporte del balón.



Le conocen los chiquillos y quieren «darse la broma» de dislocarle un tobillo.



Y con cuidado y esmero, meten una hermosa piedra dentro de un viejo sombrero.



Su afición desenfrenada se excita al ver el sombrero y le lanza una patada.



Es extraño! ¿Qué dureza! ¿Es que estaría el sombrero puesto en alguna cabeza?



Es extraño! ¿Qué dureza! ¿Es que estaría el sombrero puesto en alguna cabeza?



Cuentos fantásticos

Simbad, el marino

En el reinado del califa Haroun-al-Raschid vivía en Bagdad un pobre mandadero que se llamaba Himbad. Fatigado un día de gran calor por el peso de su carga, se paró en una calle estrecha donde reinaba un fresco agradable y perfumado que invitaba al descanso.

Sentóse junto a un gran edificio, en el que se celebraba sin duda algún festín a juzgar por los instrumentos músicos que se oían en unión de ese ruido especial que produce siempre la alegría de los convidados. Quiso el buen mandadero averiguar lo que hubiese, y dirigiéndose a uno de los criados que estaban en el pórtico le preguntó el nombre del dueño de la casa.



—¿Es posible—exclamó el criado—que vos, vecino de Bagdad, ignoréis que vive en este palacio el célebre Simbad el Marino, ese famoso viajero que ha recorrido todos los mares que alumbró el sol?

El mandadero había oído, en efecto, hablar de la opulencia del señor Simbad, y no pudo prescindir de comparar las riquezas y el bienestar de éste con la miseria a que él se veía reducido y los afanes que le costaba el mantener a su numerosa familia. Nuestro hombre, entregado a un acceso de desesperación, vio salir del palacio a un criado, que le dijo:

—Seguidme: mi amo, el señor Simbad, quiere hablaros al momento—y condujo al asombrado Himbad a una gran sala donde estaban varias personas alrededor de la mesa del banquete compuesto de exquisitos manjares.

Ocupaba el sitio de honor un hombre grave, de aspecto respetable y de larga barba blanca. Era Simbad el Marino, que al notar la turbación natural del mandadero, se acercó a él y le sirvió de comer y de beber con el mayor agrado, tratándole de hermano, según la costumbre de los árabes. Concluida la comida, dijo Simbad al mandadero, cuyas exclamaciones había oído desde la ventana, que iba a sacarle del error en que se encontraba al suponer que había adquirido sus riquezas sin trabajos ni penalidades.

—Sí, señores—continuó Simbad dirigiéndose a los convidados después que el pobre mandadero murmuró algunas palabras de excusa—, he sufrido mucho durante una larga serie de años, y los peligros de mis aventuras en los viajes que he hecho exceden a cuanto pueda concebir la imaginación.

Heredero en mi juventud de una brillante fortuna, derroché la mayor parte en el lujo y los placeres, sin acordarme de cuán transitorias son las cosas mundanas, ni de la necesidad en que todos estamos de gas-

tar con orden para no vernos en la vejez reducidos a la escasez y a la miseria. Pero llegó un día en el que reflexioné con juicio, y resuelto a abandonar la senda de perdición que había emprendido, reuní el poco dinero que me quedaba y salí de Bassora con algunos mercaderes en un buque fletado a nuestras expensas.

Fuimos a diversos países comprando y vendiendo mercancías, y una mañana vimos una isla casi a flor de agua, y semejante a una pradera por su fertilidad y aspecto. Cuatro pasajeros desembarcamos para comer y beber en tierra, libres del balanceo del barco, cuando la isla tembló de repente, con ruda y violenta sacudida. Nos gritaron de a bordo que estábamos sobre el vientre de una ballena, y cada cual se salvó como pudo, unos a nado y otros en la chalupa, dejándome a mí sobre el monstruoso animal que a poco se hundió en el abismo de los mares. Me así a un pedazo de madera que habíamos llevado para hacer fuego, y vi con dolor que el buque se alejaba a toda vela creyéndome muerto.

Dos días estuve a merced de las olas en la situación más angustiosa del mundo, hasta que las mismas aguas me arrojaron a una isla de pintoresca apariencia. Bebí el agua cristalina de un manantial que encontré junto a unos árboles frutales, y, repuestas un poco mis aniquiladas fuerzas, avancé hasta una llanura donde pacía una yegua atada a un poste de madera. Me acerqué a contemplar la belleza del cuadrúpedo, y mientras lo examinaba salió un hombre del centro de la tierra y me preguntó quién era. Le referí mi aventura, y entonces, tomándome de la mano, me llevó a una gruta donde había varios hombres que me dijeron que eran palafreneros del rey Míhrage, soberano de la isla, y que llevaban a aquel prado todos los años, para que pastaran, las yeguas de su señor.



Al otro día fui con ellos a la capital, y el rey Míhrage me recibió a las mil maravillas y dió orden de que se me proveyese de todo lo necesario. Visité a los mercaderes por si encontraba el medio de volver a Bagdad, y frecuenté el trato de los sabios de la India el de los señores de la corte, a fin de instruirme en las ciencias y en las costumbres del país.

Un día entró un buque en el puerto y comenzó a descargar mercancías sobre las que reconocí mi propia marca, y persuadido de que aquel barco era el mío, me presenté al capitán, quien, después de reconocermé, me entregó los géneros.

Hice regalos al rey Míhrage de lo más

(Continuará.)

D. Quijote de la Mancha



(Continuación.)

de noche, aquí no nos ve nadie; bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que, no es bien tentar a Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiera llevarla. Por un solo Dios, señor mío, que non se me haga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo a lo ménos hasta la mañana.»

—Te ruego, Sancho, que calles; que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto o vivo o muerto.

Viendo, pues, Sancho, la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: «Ea, señor; que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolpear y dallee, será enojor a la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el agujión.»

Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, o a que amaneciese, o que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho; y así le dijo: «Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo lllore lo que ella tarde en venir.»

—No hay que llorar, respondió Sancho; que yo entretendré a vuestra merced, contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear y echarse a dormir un poco sobre la verde hierba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día, y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apear o a qué dormir?, dijo Don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para

(Continuará.)

La España Gloriosa



Megara, desbaratando los planes del general enemigo, que hizo infinitas tentativas para empeñar una batalla campal, adoptó el sistema de defensa más apropiado a las circunstancias: realizaba frecuentes salidas que molestaban sobremanera a Pompeyo y que siempre tenían excelente resultado para los numantinos; y cuando los romanos despleaban sus banderas y poníanse en movimiento, aquéllos se replegaban dentro de las tapias de la ciudad, y causaban verdaderos estragos entre las huestes enemigas que osaran acercarse.

Exasperado Pompeyo por estos descabros, suspendió el sitio y volvióse contra Termes, distante nueve leguas de Numancia, con objeto de privar a ésta de todo auxilio; pero los termesinos le obligaron a retirarse con grandes pérdidas. Más afortunado estuvo el general romano en Mania y Etania, donde sometió sin muchas dificultades a los sublevados, y aislada Numancia de las pocas ciudades que hubieran podido socorrerla, vióse sola para resistir el poder romano. ¡Y aun así triunfó! Pompeyo apretó entonces el cerco con todas las fuerzas de que disponía, y para reducir a la heroica ciudad por hambre, intentó desviar el curso del río; pero los numantinos acometieron con sus espadas a los que habían comenzado los trabajos, obligándolos a desistir de su empeño.

Así transcurrió un año, y Roma substituyó a Pompeyo por el cónsul Popilio Lenas, que sufrió continuos fracasos en los dos años que dirigió el sitio. Apremiado por su Gobierno, Popilio intentó, al fin, el asalto de la ciudad. Pusieron las escalas sobre el débil muro; pero como ni el más ligero rumor se apercibiera en la población, que parecía deshabitada, sospechó Popilio de tanto silencio, y se retiró prudentemente, temiendo alguna estratagema de sus astutos enemigos. Los numantinos salieron entonces de improviso, arrollaron a los legionarios y los pusieron en desorden, causándoles una tremenda derrota.

Fracasado Popilio, Roma envió para reemplazarle al cónsul Mancino, «hombre de imaginación tétrica que de todo auguraba desgracias y calamidades». Al tiempo de embarcarse para España, parecióle oír una voz que le decía: ¡Detente, Mancino, detente! Añádase a esto que las noticias que llevaban a Roma los soldados acerca de las fuerzas de los numantinos eran siniestras; que las frecuentes matanzas tenían de tal modo acobardados a los romanos, que ninguno podía mirar con serenidad a un numantino ni oír pronunciar el nombre de Numancia; que permanecían en su campamento, sin atreverse a salir de él, y que cundió

COLABORACION INFANTIL



Con el presente número llega JEROMIN a su primer año de vida. No puede quejarse de la acogida que le han dispensado los niños españoles y americanos; seguramente ninguna otra revista infantil ha logrado, en tan breve tiempo, un triunfo tan definitivo como JEROMIN. Los niños inteligentes e instruidos se dieron cuenta en seguida de que JEROMIN no era una revista de mero pasatiempo, como tantas otras, sino que, con amenidad, educa e instruye.

JEROMIN es hoy la revista predilecta de los pequeñuelos que sienten ansias de ser buenos y sabios, pues en él encuentran instrucción moral, religiosa, artística, científica, patriótica, etc. Además, su presentación es pulcra, fina, elegante... es, como hemos oído decir a algunos, la revista «bien» entre las infantiles.

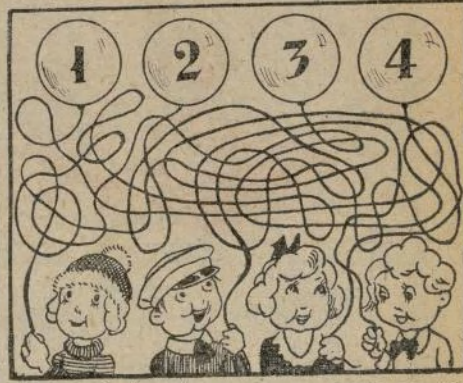
¡Y mucho mejor que llegara a ser, si los niños siguen dispensándola su protección!

¡¡Viva JEROMIN!!

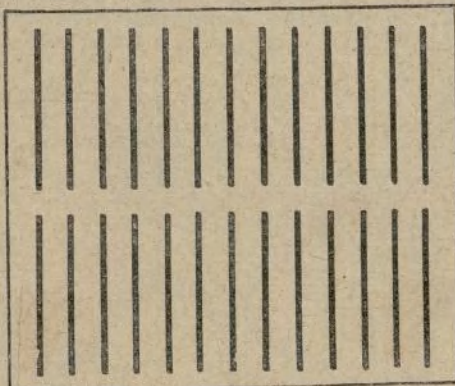
ROMPE CABEZAS



1.º ¿A quién tirarán la bola de nieve esos dos chiquillos?



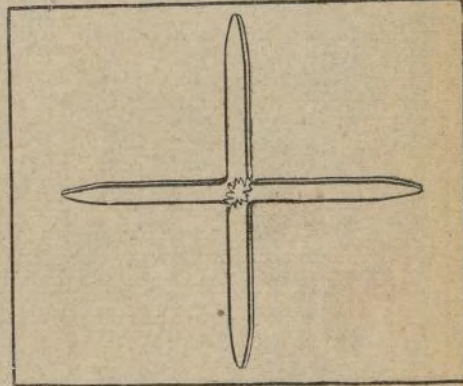
2.º ¿Qué número corresponde a cada uno de esos cuatro muchachos?



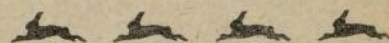
PROBLEMA

¿Quién será capaz de convertir en ciento, sin cortarlos, esos veinticinco palillos?

(La solución en el próximo.)



SOLUCIÓN DEL ANTERIOR



Jeromin

REVISTA ILUSTRADA PARA NIÑOS
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALDERÓN DE LA BARCA, 4 MADRID
PRECIOS DE SUSCRIPCIONES. UN EJEMPLAR AÑO 5,20; POR PAQUETES A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR A LOS CORRESPONSALES LO ACOSTUMBRADO. LOS PAGOS ADELANTADOS

NINOS HEROICOS

CUANDO LA GASOLINA SE INFLAMA

(DE PUCK)



El pobre Ton, que hacía tiempo no tenía trabajo, afligido y lloroso, contemplaba el tanque petrolero anclado en la bahía. «Oh, decía para sí, de qué buena gana trabajaría yo en ese tanque petrolero!» Cualquiera oficio es mucho mejor que andar hecho un golfo por las calles, sin tener donde trabajar y ganarse honradamente el pan.



—Voy a esperar a ver si regresa el capitán, al que he visto salir con dirección a la población.

Cuando Ton, pasado ya mucho tiempo, algo impaciente, desconfiaba de poder entrevistarse con el capitán, observó que de una lancha, próxima al tanque petrolero, salía gran cantidad de humo y llamas.



—La lancha está ardiendo—dijo alarmado Ton—, y está llena de barriles de petróleo y gasolina.

Los marinos habían desembarcado, pues era hora de la comida; y la lancha estaba sola. El peligro, pues, era grande si el fuego se comunicaba al tanque. ¿Qué hacer? Ton, sin reparar en el riesgo, fué corriendo y saltó a la lancha.



—¡Oh!—decía—. Es preciso, cueste lo que cueste, separar la lancha del tanque, pues si éste se inflama ocasionaría una catástrofe espantosa.

Y el valiente Ton, con riesgo de su vida, saltó, como hemos dicho, a la lancha, dispuesto a sacrificarse, si era preciso, por librar a la ciudad y a los barcos anclados en la bahía del riesgo que les amenazaba.



Las llamas rodeaban ya la lancha, y Ton, sofocado por el humo, no sabía qué hacer para lograr sus deseos. La lancha estaba fuertemente amarrada y le era imposible dejarla libre. Providencialmente vió un cuchillo que los marineros habían dejado abandonado y con él, tras grandes esfuerzos, pudo cortar la amarra.



Sin pérdida de momento, cogió los remos, y con energía impropia de sus años comenzó a remar, separando la lancha del tanque a toda prisa, sin cuidarse de las llamas que le envolvían y del humo que le sofocaba. ¡Qué valiente y generoso corazón tenía el pobre muchacho!



Por momentos la situación se hacía más peligrosa para Ton; las llamas crecían más y más; el humo era más denso, y el calor más intenso. Pero Ton no se desanimaba y remaba con todas sus fuerzas.

De pronto, resonó un gran estampido que casi le hizo perder el sentido. ¡Uno de los barriles de gasolina había explotado! ¡Estaba perdido!



La lancha estaba ya bien distante del tanque petrolero y no había peligro de que las llamas de ella le alcanzasen. Permanecer por más tiempo en la lancha era inútil temeridad, y se tiró al agua, comenzando a nadar desesperadamente para alejarse del fuego. Pero como había agotado sus fuerzas no podía sostenerse a flote.



Por fortuna suya, el capitán del barco petrolero, que regresaba, se apercibió de lo que ocurría, y con un bote corrió en su auxilio. Cuando le hubo recogido le dijo: —Acabas de realizar un servicio verdaderamente extraordinario, merecedor de una gran recompensa. Por parte mía la tendrás; desde hoy te quedas a mi servicio y te protegeré cuanto pueda.



EL PARAGUAS



IMPROVISADO

